

Voces: Ciudadanía cristiana en una era de miedo a la inmigración

February 18, 2026

Nuestro clima cultural y político actual ha planteado una pregunta persistente para mí: ¿Necesito ser un experto en derecho migratorio?

Soy hijo de dos padres inmigrantes que soñaron, arriesgaron y lucharon por lo que entendían como el “sueño americano”. Sea lo que sea que uno piense, esa frase sigue siendo profundamente convincente para personas de todo el mundo que simplemente desean una salida a la pobreza, la persecución o la guerra.

También soy pastor en el centro de Fort Worth. El clima actual—redadas de ICE, políticas migratorias cambiantes, la postura de nuestro gobierno federal, el dolor que veo en las noticias y el incesante torbellino de las redes sociales—me ha obligado a preguntarme no solo: ¿Qué digo? sino también: ¿De qué soy responsable de saber? ¿Realmente necesito convertirme en un experto en derecho migratorio para hablar con fidelidad?

Junto a esa pregunta, hay un murmullo más silencioso, pero más pesado: ¿Cómo alzo la voz? ¿Y si no sé lo suficiente? ¿Y si me equivoco?

Esas preguntas pesan sobre mí como latino, esposo, padre y pastor que intenta pastorear a las personas en medio de un momento cultural marcado por el miedo, la ira, la confusión y—si somos honestos—la apatía.

La ciudadanía de la iglesia

Mi experiencia no es única. Muchos de nosotros estamos siendo bombardeados con titulares sensacionalistas, opiniones apresuradas y mal informadas y una avalancha de emociones: indignación, agotamiento y miedo. Y, sin embargo, nunca se supuso que fuéramos expertos en cada asunto social de nuestro tiempo. Dios no ha llamado a su pueblo a tener una respuesta integral a cada debate político o cultural.

Aunque la iglesia tiene algo que decir sobre cada cuestión cultural y política, la iglesia cumple un propósito más alto que simplemente reaccionar ante la cultura que la rodea.

Ser cristiano significa que perteneces a la iglesia—la *ekklēsia*—una palabra que históricamente se refería a una asamblea política de ciudadanos. La Escritura describe a los creyentes como ciudadanos de otro reino, un pueblo cuya lealtad última no descansa en ningún estado-nación, sino en el reino de Dios.

Esta realidad ordena nuestras vidas y da forma al lente a través del cual vemos el mundo.

Como cristiano, puede que nunca llegue a ser un experto en la ley migratoria de los Estados Unidos. Sin embargo, soy responsable de ser formado por la política, los valores y la ética del reino al que digo que pertenezco. Eso significa que cada tema—including la inmigración—debe verse no principalmente a través de un lente basado en nuestro partido político, sino a través de un lente del reino.

Qué significa la política del reino

La política del reino tiene algo que decir sobre cómo tratamos a los inmigrantes, a los forasteros y a los vulnerables. La Escritura es inequívoca

en este punto. Dios se identifica constantemente como aquel que defiende al extranjero y llama a su pueblo a reflejar esa misma postura. Nuestra primera preocupación no debe ser si una política nos beneficia, se alinea con nuestra tribu política o preserva nuestra comodidad.

He visto a familias inmigrantes huir de la violencia, navegar por un laberinto de trámites y esperar con miedo el próximo cambio de política. Sus historias nos recuerdan que los debates sobre la “inmigración” nunca son abstractos. Se trata de portadores de la imagen de Dios, con nombres, rostros y futuros.

Como ciudadanos del reino de los cielos, vivimos como residentes temporales—el lenguaje bíblico es “extranjeros y peregrinos”—en reinos terrenales, y nuestros valores a veces se sentirán fuera de la cultura dominante.

Nuestra identidad debe moldear la manera en que nos relacionamos con nuestros vecinos, especialmente con los marginados.

El lenguaje que deshumaniza a grupos étnicos enteros, el sembrar miedo hacia grupos específicos de personas o una obsesión por preservar la “herencia” nacional a costa de la dignidad humana tienen poco sentido para un pueblo cuya ciudadanía está fundada, no en una línea de sangre ni en una frontera, sino en un reino celestial.

La política del reino nos lleva a involucrarnos, no a replegarnos, de la vida pública. Pero nuestras acciones no deben estar impulsadas por una lealtad ciega a un partido o a una personalidad.

Estamos llamados a vivir nuestra fe con sabiduría, gracia y esperanza. Así que sí: vota, protesta, denuncia la injusticia y ora por nuestra nación y sus líderes, todo a la luz de un reino eterno que existirá más allá de cualquier administración.

Cómo participar como ciudadanos del reino

En lugar de intentar dominar cada detalle legal u otorgar a los algoritmos de las redes sociales la responsabilidad de nuestra formación, podemos comenzar con la proximidad.

Aprende sobre la inmigración a través de relaciones, no solo de titulares. Busca una organización en tu ciudad que brinde asistencia a refugiados, solicitantes de asilo o familias indocumentadas. Ofrece tu tiempo como voluntario. Abre tu casa. Comparte una comida. Escucha antes de discutir.

Haz estas cosas porque tu lealtad al reino de los cielos así lo exige.

¿Es necesario que los cristianos se conviertan en expertos en derecho migratorio antes de que podamos hablar con confianza y claridad sobre estos temas? No.

Sin embargo, sí debemos convertirnos en expertos en acoger al excluido, confrontar la injusticia, defender al vulnerable y reconocer la imagen de Dios en cada persona.

La pregunta no es si los cristianos pueden recitar la política migratoria, sino si nuestra política—nuestra postura, nuestro lenguaje y nuestras acciones—refleja el reino al que decimos pertenecer y a los vecinos a quienes Cristo nos llama a amar.

Joel Suárez es el pastor de involucramiento de la Iglesia Paradox en Fort Worth. Las opiniones expresadas en este artículo de opinión son las del autor.